



EMOCIONADO ADIÓS A JORGE PETEIRO

TEXTO **Fátima Otero. Crítica de Arte**

Ha partido antes de tiempo al país del más allá. Ha perdido su sombra, su ingenuo mundo casi infantil, con más luces que sombras. Nada ha podido hacer la ciencia médica para hilvanar y volver a coser su aún joven figura. La semana pasada nos dejaba a los 53 años el coruñés Jorge Peteiro, uno de los artistas más vitales de la plástica gallega. Un hombre que jugó a ser Peter Pan disfrutando hasta el último minuto de su existencia e ilusión por crear. Y así se fue, casi sin hacer ruido, adosado a su incombustible pitillo, imaginando, quizá, su nueva obra llena de color, de juvenil vitalidad, de entusiasmo irrefrenable.

COMO PETER PAN, con su pintura jugó a nunca crecer. Jugaba con audacia y sin complejos a ser niño, siempre volando con su imaginación a países que sólo existían en su pintura. Lo mismo pintaba su ciudad y alrededores, puertos, mares,

ríos y montañas, que se dejaba caer por Carnota y Lira para plasmar en un lienzo lo que captaba su alma entusiasmada con todo.

También cuando sintió la llamada del faro de Fisterra, cuando se desplazó a San Andrés de Teixido o a la peligrosa recogida del percebe. Igual que al dejarse acariciar por las mansas aguas de la ría de Ferrol, o el día en que roció de estrellas la Catedral de Santiago. Todos ellos escenarios mágicos, lugares míticos del incomparable y siempre reconocible, por su peculiar estilo, Jorge Peteiro. Paisajes y escenarios que él también hizo nuestros por su imaginación teñida de infancia que siempre intentó contagiar.

JUGÓ Y ESCARBÓ a lo largo de cuatro décadas de actividad artística en los residuos creativos procedentes de la infancia, aquella etapa en la que también Paul Klee valoró como la más inteligente del arte, y que sólo unos pocos entendían. Des-

de luego, Peteiro nada hizo por desvelar su pequeño gran mundo. Gustase o no, era el espacio en el que creía, el que le inspiraba, en el que se sentía a gusto. Y nunca cambió.

Todo su universo creativo se revelaba desde el pozo emocional de su interior, de una infancia casi vivida, como él recordaba, en el recreo escolar. Aquel lejano patio de su niñez sería el lugar que adoptó para el entendimiento de su pintura. Con una técnica en apariencia fácil pero en verdad muy estudiada y meditada. Y con la que triunfó.

TRABAJÓ EN GRANDES FORMATOS (uno de sus lienzos más representativos figura en el salón de visitas y celebraciones solemnes de Monte Pío, residencia oficial de los presidentes de la Xunta); usó cortezas de árbol, pintó en rocas y cajas de pescado. Más cercano en el tiempo, utilizó la fibra de vidrio, siempre con la denominación de origen Peteiro, esa

de estilo inconfundible que lo llevó de muestra en muestra por aquí y por allá allende los mares después de atravesar la piel de toro adelante.

TODA SU OBRA arrastró siempre su sombra. Es decir, dejaba ver el trazo inicial negro, en el que estructuraba pequeños e infinitos campos de color, semejantes a antiguos vitrales. En ocasiones, el motivo central se reforzaba con ribetes decorativos que enmarcaban el tema y cuyo resultado final convertía la superficie en una alfombra mágica.

Porque del mundo de la fantasía e imaginación surgían sus delgados personajes o humanizados motivos. Muchos de descendencia mironiana, otros arrancados de la banda diseñada, los más regidos por sus propias leyes naturales, esas que no atienden a la gravedad sino que se deslizan ingravidas por todo el espacio pictórico. Donde sólo un potente caudal imaginativo con dosis surrealista hace posible la convivencia de elementos dispares y donde la vida discurre por sí misma dentro de un encuadre totalmente ajeno a nuestra mirada.

UNA PINTURA LLENA DE DETALLES, de pequeños elementos llenos de vida, que pululan por todos los rincones sin temor al horror vacuú. Cualquier criatura o bicho insignificante se mete en esta suerte de marco intemporal que proclaman sus lienzos. Un mundo alegre e inquieto por el que desfila todo un caleidoscopio lleno de color.

La pintura como ritmo de signo "maximalista" —como gustaba él expresar— exagerando el pulso natural de la vida, conjugando a ritmos acelerados con caligrafías un tanto geométricas. Un buen ejemplo lo constituyen las obras dedicadas al pueblo sioux americano, al que retrató lleno de vida y pasión y tanto veneró en sus costumbres, como por ejemplo sus danzas guerreras a las que en ocasiones emuló. Solía afirmar que un día empezó pintando indios y acabó pintando como ellos, y hasta adoptando su conocido grito de guerra. Otra vez volvemos a percibir como fondo su espíritu de Peter Pan.

BUENO Y NOBLE, sin malicia ninguna, también era Jorge Peteiro. Y buena era su pintura que extraía de un soplo la sonrisa del niño que todos llevamos dentro. Derrochó toneladas de humor e ironía en una singular iconografía que nos queda repartida por los más variados

Su pintura hacía brotar la sonrisa del niño que todos llevamos dentro

Del mundo de la fantasía e imaginación surgían sus personajes

territorios. Pintura que llegó a Brasil, a hospitales y casas de familia, a museos e instituciones. Esculturas que nos dan la bienvenida, con ese gigantesco pez frente al Atlántico en El Acuario de A Coruña. Cuyos grabados se recibían con metódica puntualidad en los domicilios de las personas queridas por él en fechas tan entrañables como la Navidad. Sus dibujos han endulzado botes de miel, o se han posado en la solapa en forma de pin... en definitiva, un arte para todos.

Semanas atrás, invitamos a Jorge a ser entrevistado en el programa *Espacio de Arte* de *Correo TV*. Y aceptó. Teníamos intención de desplazar nuestras cámaras a su casa-estudio en Oleiros. Pero no pudo ser. Su voz se había quebrado. Como el dolor en nuestros corazones. Queríamos preguntarle por sus proyectos, por sus nuevas creaciones, por sus calamares y delfines llevando los paisajes de nuestra tierra a cuevas. También por sus esculturas de aves y murales repartidos por aquí y por allá. Sin embargo, su salud se deterioró tan rápido que no llegamos a tiempo. Cuánto lo sentimos.

SÍ HEMOS CONSEGUIDO disfrutar de su cariño y amistad. Quería a esta Casa. Nosotros también le queríamos. Se sentía bien con el **Grupo Correo Gallego** en cuyo Espacio de Arte expuso con éxito. Siempre comulgamos con una pintura en apariencia infantil pero que tenía detrás, aparte otros méritos, muchas horas de trabajo delicado y minucioso, de una sensibilidad profunda que reflejaba su amor por las pequeñas cosas de la vida.

Nos quedamos con su alegría ilusionante. Con su humor. Con el recuerdo de un artista que soñó con un mundo mejor y lo simbolizó como ninguno en sus alfombras mágicas. Solo nos consuela pensar que ahora disfrutará tranquilo en el País de Nunca Jamás. Te queremos y nunca vamos a olvidarte, Jorge Peteiro.